

se acariciaba el plan de robustecer el poder monárquico en Alemania, «restringiendo para ello las preeminencias y el poder de los príncipes del Imperio.»

Todos los electores se hicieron representar en aquella dieta por embajadores, excepto los de Maguncia y Sajonia que asistieron á ella personalmente. El emperador envió al vicecanciller del Imperio, baron de Strahlendorf, á fin de estar al corriente de cuanto allí ocurriera. Desde el primer momento se pusieron á discusion en la dieta los medios que debian emplearse, primero para poner coto á los abusos de cruzar por los territorios y acampar en ellos, y despues para refrenar «las insolencias de la soldadesca indisciplinada y remediar el descontento que reinaba en el Sacro Romano Imperio.» Los motivos de queja que sirvieron de base á las discusiones y que estaban consignados en memoriales de agravios eran innumerables: las ciudades imperiales, en una detallada memoria, lamentábanse de que, á pesar de todas las seguridades y garantías ofrecidas por el emperador, habíanse visto vejadas por el paso frecuente de los ejércitos y por violencias de todas clases y habían sido perjudicadas en muchos millones, y los pequeños municipios, que en la matrícula del Imperio solo figuraban por unos pocos florines, habían tenido que pagar centenares de miles y además proveer al ejército de víveres y de cuanto necesitara. Análogas memorias presentaron el círculo franco y las diócesis de Halberstadt y Magdeburgo, demostrando todas ellas cuán exorbitantes sacrificios se exigieron á los territorios asolados por el ejército imperial. La diócesis de Magdeburgo estimaba en 687.233 thalers los gastos que los acantonamientos de Wallenstein le habían ocasionado desde octubre de 1626 á setiembre de 1627; algunas aldeas importantes habían tenido que pagar hasta 80.000 thalers, y la ciudad de Halle probó con datos fehacientes que se había visto obligada á satisfacer 430.000 florines, á pesar de lo cual aun debía á los generales 117.000. El electorado de Brandeburgo fué el que se vió mas inicuamente asolado y mas duramente castigado por su débil conducta neutral. En efecto, á pesar de todas las embajadas que envió á Wallenstein y al emperador, sus territorios fueron horriblemente saqueados y devastados por las tropas de aquel general. Las quejas que elevaron aquellas poblaciones son verdaderamente conmovedoras. Como ejemplo, entre muchos, de lo que allí sucedió, baste decir que en Stendal quedaron vacías 560 casas y en Gardelegen 200 por haber huido de ellas sus habitantes á fin de sustraerse á las vejaciones del ejército.

Dado este estado de cosas, no es de extrañar que el memorial de agravios enviado al emperador por la dieta de Muhlhouse en 3 de noviembre de 1627 estuviese redactado en términos muy duros y que en una carta dirigida al mismo Wallenstein se le amenazara embozadamente diciéndole que si no se ponía remedio á lo que pasaba no faltarían quienes por sí mismos lo pusieran. En estas quejas y acusaciones estaban perfectamente de acuerdo los príncipes católicos y los protestantes; pero naturalmente, aparte lo que al interés comun se refería, los primeros, que constituían la mayoría de los congregados, tuvieron algunas conferencias solos, de las cuales surgió por vez primera la funesta idea de decidir definitivamente en pro de los católicos, despues de derrotados los protestantes, la cuestion hacia tantos años debatida de las fundaciones eclesiásticas que se encontraban en poder de estos últimos. Con esto quedaba planteada la cuestion para un porvenir inmediato, no solo entre el protestantismo y el catolicismo, sino tambien entre la política de la Liga, que tendía á una enérgica reaccion religiosa, y la del general del emperador, que era la de este y que se proponía crear una autoridad imperial prescindiendo por de

pronto de todo punto de vista político. En ambos sentidos habían de traer una importante solucion decisiva los acontecimientos que en lo sucesivo se desarrollaron.

WALLENSTEIN EN EL APOGEO DE SU PODERÍO  
PAZ CON DINAMARCA

La derrota completa que en las campañas de 1626 y 1627 había sufrido el prudente y sábio organizador Cristian IV de Dinamarca reconocía por causa no solo la superioridad militar de Tilly y de Wallenstein, sino tambien y muy principalmente el cambio general ocurrido en la situacion de Europa al que en realidad se debía la prepotencia militar de sus enemigos.

Cuando en 1625 se resolvió Cristian á encargarse de la direccion de la guerra en la Baja Alemania, había obrado no individualmente como príncipe, sino en cierto modo como mandatario de la coalicion europea, puesto que además de la proteccion que por todos los medios le prometieron sus aliados de El Haya, Inglaterra y Holanda, habíale ofrecido subsidios el cardenal Richelieu que en los comienzos de su gobierno reanudó en Francia la política antiespañola de Enrique IV. Por otra parte, se alentaba la esperanza de que se verificaria un ataque combinado, desde el Norte y desde el Este, contra el poder de los Habsburgos, y á este fin se habían establecido relaciones con Bethlen Gabor de Transilvania y tambien con Turquía, esperando que una agresion de esta contra los territorios hereditarios austriacos entreteria las fuerzas imperiales y haría por ende imposible que se unieran para una accion comun con el ejército de la Liga. Para realizar este plan fué enviado Mansfeld por Silesia á Moravia y Hungría. Si esta combinacion hubiese tenido el éxito que se esperaba, Cristian IV, apoyado por Holanda, Inglaterra y Francia, no hubiera encontrado en la Baja Alemania mas que al ejército liguista de Tilly y probablemente hubiera podido resistirle; pero, por desgracia para Cristian, esa combinacion europea fracasó en los dos sitios en donde debía desenvolverse, en los años 1626 y 1627.

Ya hemos visto que Mansfeld no halló en Bethlen Gabor el auxilio que esperaba, debido en gran parte á que este último perdió el apoyo que había creído poder conseguir de los turcos, pues estos se encontraban en sus provincias orientales comprometidos en una guerra con Persia y necesitaban estar libres de todo cuidado en el Oeste. De la misma manera que ellos tenían que luchar contra sus correligionarios discolos, el emperador Fernando se veía obligado á combatir en el Imperio contra los príncipes disidentes, lo cual fué causa de que unos y otro se mostraran dispuestos á arreglar pacíficamente la diferencias que los separaban. Entre los imperialistas, ninguno había tan convencido de la necesidad de obrar así como Wallenstein, el cual entendía que era preciso terminar á toda costa la guerra con Hungría y con la Puerta para poder consagrarse con plena libertad de accion á la lucha en Alemania. Por esta razon, segun declaró al príncipe de Eggenberg en aquella entrevista de Bruck de Leitha, había procedido con gran circunspeccion y no agresivamente en la campaña contra Gabor y los turcos, en la cual se había portado no tanto como general cuanto como político de gran perspicacia. De esta suerte había conseguido firmar primero con Gabor un nuevo convenio y en setiembre de 1627 la paz con los turcos sobre la base de la de Zsitwa-Torok, merced á lo cual el emperador estaba por este lado libre de todo peligro y Wallenstein pudo arrojar se con todas sus fuerzas sobre los restos del ejército de Mansfeld en Silesia y, una vez dispersadas estas tras una corta y brillante campaña, dirigirse á la Alemania del Norte y

en union con Tilly derrotar completamente al rey de Dinamarca.

Para oponerse á este ejército de imperiales y liguistas unidos no contaba Cristian IV con fuerzas suficientes, con tanta menos razon cuanto que la coalicion con sus aliados del Oeste de Europa no fué duradera, faltándole desde luego los subsidios de Francia porque Richelieu, tal vez contra su voluntad, había impreso nueva direccion á su política internacional.

Cuando en 1625 se realizó aquella aproximacion entre Francia, Inglaterra y Holanda, todo el mundo esperaba que Richelieu, despues de haber vencido todas las dificultades interiores de su país, tomara parte activa en la guerra contra Austria y España, y á fin de facilitarle esta tarea las po-

tencias protestantes, Inglaterra y Holanda, se habían puesto de acuerdo para auxiliar al cardenal en su lucha contra los hugonotes, que de nuevo había estallado en 1625, posponiendo el escrúpulo de combatir en Francia á sus correligionarios á la doble consideracion de que por un lado la contienda de Richelieu no afectaba á la religion, sino á la situacion política de los hugonotes, y de que, por otro, estos eran el único obstáculo que se oponía á que fuera un hecho la alianza con Francia. Con tales antecedentes, ya se comprenderá el asombro que produjo ver que Francia, despues de haber vencido á los hugonotes sin despojarles de su libertad política, firmaba en 1626 con España la paz de Barcelona, que echaba abajo todo el sistema de la alianza contra España y Austria. No sin razon se acusó á Richelieu de deslealtad por



Escena de campamento durante la guerra de Treinta años: á la izquierda, en primer término, se ve la cárcel  
Facsimile del grabado de Jacobo Callot (1594-1635) «Sitio de Breda,» 1624

aquel acto; pero el cardenal sostuvo siempre que aquella paz con España había sido hecha á espaldas suyas y contra su voluntad por un partido católico radical del cual él no formaba parte y que no aprobaba su conducta en materias religiosas. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que Richelieu hubo de seguir por de pronto la senda que le trazaba la política iniciada con la paz de Barcelona y de renunciar á sus miras contrarias á los Habsburgos.

Natural era que despues de este brusco cambio de la política de Francia esta nacion se mostrara muy pronto hostil á los que hasta entonces habían sido sus aliados, y así como antes de la paz de Barcelona se hablaba de un ataque de Inglaterra y Francia juntas contra España, despues de firmada aquella España y Francia se aliaron contra Inglaterra. Multitud de causas contribuyeron á aumentar la tirantez entre Inglaterra y Francia. En las disensiones que entonces surgieron entre la monarquía y el parlamento ingleses hubo de sentir Buckingham los efectos del descontento que en el pueblo inglés produjo el apoyo que había prestado á Richelieu contra los hugonotes franceses; y como el gobierno francés no cumplió las condiciones que á estos habían sido concedidas merced á la intervencion de Inglaterra, Buckingham aprovechó gustoso aquella ocasion que se le ofrecía de reconquistar el favor de los ingleses interviniendo en favor de los hugonotes, y aunque no pudo lograr este propósito por haber fracasado la expedicion organizada para socorrer á La Rochela, despertóse y exacerbóse con ello el antiguo anta-

gonismo entre Inglaterra y Francia, viéndose aquella envuelta en una guerra á la vez con esta y con España. En tales circunstancias, Inglaterra no podía apoyar la empresa comenzada en Alemania bajo su cooperacion; menos aun podía hacerlo Francia, que estaba aliada con España y se veía por ende en la imposibilidad de tomar parte en la lucha contra los Habsburgos alemanes. Así sucedió que habiendo el administrador Cristian Guillermo sido arrojado de su diócesis de Magdeburgo y habiéndose dirigido, por consejo del rey de Dinamarca, á Francia é Inglaterra en demanda de ayuda para Cristian IV, vió desatendida su súplica en ambos Estados, de suerte que el monarca dinamarqués se encontró completamente aislado en su lucha desigual contra Tilly y Wallenstein, que le persiguieron hasta muy adentro de su propio reino.

¡Qué imponente posicion alcanzó entonces en Alemania el victorioso generalísimo imperial que en la guerra del Este y en la de Alemania había obtenido triunfos tan valiosos para el emperador! Su ambicion tomaba cada dia mayor vuelo y su carácter rudo y desconsiderado le hacia ser poco respetuoso con todo aquello que estaba consagrado por la tradicion. Ya anteriormente habían los príncipes de la Liga formulado enérgicas quejas contra él por su desmedida soberbia; pero despues de sus victorias aun subió de punto la soberbia de Wallenstein, el cual creyóse entonces con mas derecho que nunca para continuar su obra sin consideracion alguna á los liguistas. Habiendo puesto la autoridad del

emperador muy por encima de la de todos los príncipes alemanes, creyóse en condiciones para realzar su propio poderío y para conseguir, merced al triunfo de sus armas, lo que los demás príncipes de Alemania por derecho de nacimiento poseían. Después del mucho tiempo que llevaba de formar parte del estado de príncipes del Imperio, lo primero que deseó fué ser príncipe soberano, y en efecto consiguió que el emperador, después de haber decretado muchas confiscaciones contra una multitud de partidarios del rey de Dinamarca, lanzara la proscripción imperial contra los duques de Mecklenburgo, que habían defendido la causa de Cristiano, y le concediera á él, al general afortunado, los territorios que les pertenecían. Sin embargo, esta concesión no se hizo sin tener que vencer grandes resistencias, pues cuando Wallenstein formuló su pretensión los pareceres estaban muy divididos en el Consejo secreto del emperador, á cuya aprobación sometió Fernando el asunto. Muchos consejeros manifestaron graves temores ante una medida que necesariamente produciría gran sensación y aumentaría el disgusto y la desesperación de los príncipes protestantes y de todos los príncipes en general. Quien decidió la cuestión en favor de Wallenstein fué Lamormain, el confesor de Fernando, el hombre que después había de convertirse en su peor enemigo, á quien, según de público se dijo, había conquistado el general mediante el regalo de una cantidad importante y la promesa de fundar algunos colegios de jesuitas. En una entrevista que en diciembre de 1627 celebró el emperador con su general notificó personalmente que su petición había sido atendida, y en 26 de enero de 1628 expidióse el solemne documento por el cual el emperador cedía á Wallenstein «en verdadera y perpétua venta» los ducados de Mecklenburgo con todos los derechos sociales y preeminencias de que disfrutaran sus antiguos poseedores. En junio de 1628 dióse á aquella cesión el carácter de hereditaria.

Con esa concesión abríanse ante Wallenstein los mas vastos horizontes. Dueño de una parte de la costa del Báltico, pensó desde luego en extender su soberanía hacia Pomerania y en conquistar para el emperador, y quién sabe si para sí propio, la soberanía de aquel mar. A este objeto se hizo nombrar por Fernando en 21 de abril de 1628 almirante alemán ó, como decía el nombramiento, «general de toda la escuadra imperial del mar y general del Océano y del Báltico», y el mismo día en que se le otorgó esta nueva dignidad le fueron renovados los poderes como general en jefe del ejército de tierra. Entonces recibió oficialmente el título de *General Oberst-Feldhauptmann* (comandante general supremo) que de hecho usaba ya desde 1626. Además concediósele el derecho de «revisar, pagar y reconocer á todo el ejército y de servirse para ello de las contraseñas.» También le fué conferido el derecho de nombrar á los coroneles, derecho que en 1625 se había reservado el emperador, el cual solo conservó el de nombrar á los generales. Todos los oficiales y soldados debían obedecer exclusivamente las órdenes de Wallenstein.

Por algun tiempo fué opinión general, que se ha reproducido recientemente, la de que Wallenstein arrancó del emperador, contra la voluntad de este, tan extraordinarias concesiones y que Fernando al otorgárselas obró impulsado mas por el miedo que por el agradecimiento; pero, si se examina atentamente el asunto y se estudian los planes y proyectos vastísimos que entonces acariciaban el emperador y su general, la cuestión presenta un aspecto muy distinto, pudiendo afirmarse que en conjunto existía entre Fernando y Wallenstein completo acuerdo respecto de los grandes objetivos de la política, y que estos, en su esencia, merecían la aprobación de la autoridad que mandaba sobre la cristian-

dad occidental, es decir, del Papa, cuyo nuncio Caraffa se manifestó entonces conforme en lo principal con las ideas universales de Wallenstein. En punto á política interior los planes de este iban mas allá de lo que se proponía el emperador, el cual rechazó las tendencias atentatorias á la independencia de los príncipes alemanes y á los privilegios del colegio de príncipes que no sin fundamento se atribuían á Wallenstein, y así se lo aseguró repetidas veces á los alarmados electores católicos; pero respecto de la política exterior Fernando aprobaba por completo los rasgos fundamentales de las ideas que en su mente acariciaba el temerario Wallenstein, cuyos planes eran universales en el verdadero sentido de la palabra. Wallenstein soñaba nada menos que con la antigua idea imperialista, con aquella idea hacia siglos relegada al olvido de una cristiandad occidental que formara una sola unidad bajo la soberanía universal del emperador, y aspiraba á hacer de este el árbitro y en cierto sentido el soberano de los Estados europeos. Del mismo modo que entabló negociaciones con las ciudades anseáticas para establecer una comunicación directa entre ellas y España, sin necesidad del comercio intermedio inglés y holandés, creyó poder conseguir un acuerdo entre Polonia y Suecia, mediante el reconocimiento por el rey Segismundo de la soberanía de Gustavo Adolfo en Suecia, cosa que todavía no se había realizado. Suecia en cambio renunciaría á luchar contra Polonia en el continente. De este modo esperaba Wallenstein poder atraer á su lado al monarca sueco que entonces pensaba intervenir en la guerra de Alemania como enemigo del emperador. Para lograr este intento contaba con la rivalidad de antiguo existente entre Suecia y Dinamarca y con la envidia que en Gustavo Adolfo había despertado la última paz firmada entre ambas naciones que tan desventajosa para Suecia había sido, y dejaba entrever á Gustavo Adolfo la posibilidad de poseer la soberanía de Noruega y aun la de Dinamarca, bien que esta última en calidad de feudo imperial. Establecida de esta suerte la paz entre las potencias del Este y del Norte, Wallenstein se proponía reanudar, con la cooperación del Papa, la guerra contra el antiguo enemigo mortal de la cristiandad, contra los turcos, dando á la lucha grandes proporciones. Sobre este punto había cambiado ya impresiones con el Romano Pontífice y obtenido el completo asentimiento del nuncio Caraffa.

De lo dicho se desprende cuán vastos proyectos podía aun acariciar el Imperio universal tal como Wallenstein lo había establecido. En realidad quien había elevado el poder imperial á tan gran altura era no el emperador, sino su general, el cual había con ello logrado una situación poderosísima que á la corta ó á la larga podía ser un grave peligro para el soberano el día en que este y aquel no coincidieran en sus miras. Desde este punto de vista y del de su soberanía consideraban el estado de cosas los príncipes de la Liga y sobre todo Maximiliano de Baviera. El antagonismo personal entre este y Wallenstein, que se acentuaba cada día mas, era á la vez antagonismo de hechos, y la cuestión estaba en ver á qué lado se inclinaria el emperador. El embajador de España, cuyo soberano no podía esperar de los planes universales de Wallenstein y de la línea alemana de los Habsburgos otra cosa que el engrandecimiento del poderío de esta, apoyaba á Maximiliano porque también á él le parecía inconveniente y peligroso el encumbramiento del general del emperador. Por aquellos días escribía el referido embajador á Madrid: «Wallenstein es ahora el único soberano, y el emperador solo tiene el título de tal. A la menor oposición que se haga á sus planes, nadie está seguro contra él, pues su carácter es tan terrible como inconstante y nunca sabe dominarse.»

Mayor era todavía, como hemos dicho, la enemiga que á Wallenstein profesaba Maximiliano y que aumentaban los atrevidos dichos del general que en el Imperio circulaban. Según Maximiliano escribía al elector de Colonia, Wallenstein había manifestado que quería enseñar á los príncipes buenas costumbres; que estos dependían del emperador y no el emperador de ellos, y que la sucesión del romano Imperio, asunto acerca del cual Fernando comenzaba á entablar negociaciones, correspondía al hijo del emperador, sin que se necesitara para nada una elección, ideas todas estas que Wallenstein acariciaba y que quizás emitió alguna vez en el

calor de una discusión, pero que distaban mucho de ser realizables porque el emperador las rechazaba expresamente, lo cual no era óbice para que fuesen naturalmente motivo de inquietud para los electores. Atribuíanse al general imperial los mas atrevidos planes, y esta creencia venia robustecida por las memorias que el capuchino Alejandro de Hales, á quien ya en 1623 había enviado Maximiliano á Londres con una misión diplomática, escribió en abril de 1628 sobre los planes y opiniones de Wallenstein, fundándose en lo que había oído decir á un influyente personaje de Praga (*personaggio grande*). En esas memorias, conocidas con el nombre



Marina de guerra en la primera mitad del siglo XVII. Facsimile del grabado de Reinier Zeeman (Nooms, nacido en 1612)

de Relaciones del capuchino, se atribuyó á Wallenstein el propósito de convertir la constitución aristocrática alemana en una monarquía absoluta y demostrar luego «cuán poderosa era Alemania unida bajo un solo soberano.» Y aun iban mas allá aquellas relaciones, pues afirmaban que Wallenstein, en el caso de que al emperador le ocurriera algun accidente repentino, tenía la intención de apoderarse de la corona imperial haciéndose proclamar emperador por su ejército; pero hasta los historiadores que entre todos los modernos mas han censurado á Wallenstein han convenido en que no se descubre de parte de este el menor indicio que revele tan temerario proyecto. Por otro lado, estos mismos historiadores han demostrado que el hombre influyente en cuyos dichos se fundó el capuchino no fué el único en atribuir tales planes al general.

En vista de todo esto, los electores católicos opinaron que debían nuevamente proceder de mancomun contra Wallenstein y creyeron que el mejor modo de obtener buen éxito era presentarse personalmente al emperador. Cuanto mas procuraba el general realzar la soberanía imperial, tanto mas poderosas habían de manifestarse naturalmente en el lado opuesto las tendencias particularistas. De aquí que Maximiliano sometiera á la consideración de sus colegas electores si convenía trabajar para que el Colegio electoral se hiciera cargo de la dirección política del Imperio, puesto que la corte im-

perial no tenía, al parecer, ninguna gana de poner remedio á las mil dificultades engendradas por los incesantes reclutamientos de Wallenstein. Además Maximiliano y el elector de Sajonia, ofendido por los acuartelamientos y demás vejaciones, emitieron la opinión de que era preciso hacer depender la elección de rey de Roma de la satisfacción que se diera á los agravios formulados contra Wallenstein. Aun cuando el emperador, ante las reiteradas instancias del elector de Maguncia, manifestóse dispuesto á influir con Wallenstein para que redujera el número de sus tropas, una asamblea reunida en Bingen en el mes de junio adoptó una actitud sumamente violenta y reprodujo con la mayor energía las antiguas quejas contra Wallenstein, llegando el embajador bávaro Wolkenstein á proponer que se exigiera la destitución del general, proposición que, sin embargo, no mereció la aprobación ni siquiera del elector de Maguncia. En cambio se acordó en 7 de julio emplear el ejército coligado para impedir nuevas vejaciones y que, en caso de que el emperador no cumpliera sus promesas respecto de la disminución del ejército, se le enviara una embajada suplicándole la destitución de Wallenstein «desde el momento en que —debían decir los embajadores— el emperador no lograba reducir á la obediencia á su general.» Que se pensaba llevar adelante con toda formalidad estos acuerdos, lo demuestra el hecho de haberse preguntado á los electores de

Sajonia y de Brandeburgo si estaban dispuestos á cooperar en caso necesario á la obra de defensa contra Wallenstein.

Mientras de tal modo se amontonaban en el interior de Alemania y por parte de los mismos aliados del emperador amenazadoras nubes sobre la cabeza del general victorioso, este encontrábase por vez primera en el terreno militar con una resistencia que no le fué dado vencer.

Ya hemos visto cuán vastos planes acariciaba Wallenstein, como almirante del Imperio, para conseguir la supremacía en el Báltico, planes que tuvieron un apoyo en sus intereses como príncipe soberano desde que, en su cualidad de duque de Mecklenburgo, estaba en posesion de una parte de la costa de aquel mar. Sus esfuerzos tendian ante todo á apoderarse de algunas plazas ribereñas y ya habia conseguido del duque de Pommerania que aceptara guarniciones imperiales en algunas de sus ciudades. Análoga demanda dirigió despues á la ciudad de Stralsund, que si bien era una ciudad perteneciente al soberano, estaba dotada de tan grandes privilegios que casi gozaba de una completa autonomía, y á la cual el duque de Pommerania habia prometido hacia poco interceder para que no le pusieran guarnicion imperial. Esto no obstante, los coroneles imperiales avanzaron y ocuparon un pequeño islote, el Danenholm, situado enfrente del puerto de Stralsund; pero la valerosa poblacion, celosa de sus libertades políticas y religiosas y sin temor á los peligros á que se exponia, tomó la viril resolucion de arrojar de aquel peñasco á los imperiales. Apenas lo hubieron conseguido, presentóse en la ciudad el general Arnim, que acababa de ser nombrado mariscal de campo, intimando á los de Stralsund, por mandato de Wallenstein, que admitieran una guarnicion imperial, y habiéndose negado no solo á esto, sino tambien á admitir una guarnicion del duque de Pommerania, comenzó en mayo el sitio de la plaza. Pero así como Wallenstein concedia con razon la mayor importancia á la posesion de esta ciudad, así tambien comprendieron las potencias del Norte el mucho valor que Stralsund tenia, y de aquí que todos los enemigos, así del catolicismo como del poder absoluto del emperador, concentraran todas sus fuerzas en aquel último baluarte del protestantismo. Merced á esto los habitantes, que dirigidos por sus burgomaestres y oradores, Steinwig, Gosen, Hasert y Koch, opusieron una heroica resistencia, viéronse activa y enérgicamente apoyados no solo por Dinamarca, sino tambien por Suecia, que era de todas las potencias la que mas amenazada se veía por los planes marítimos de Wallenstein. Gustavo Adolfo no aceptó ni mucho menos los ofrecimientos que Wallenstein le hiciera y, antes al contrario, unióse estrechamente con el rey de Dinamarca, que se encontraba en situacion sumamente crítica, y firmó con Stralsund una alianza por veinte años. El auxilio que á la amenazada ciudad prestaron dando pruebas de gran abnegacion los dos monarcas del Norte que de mas poderosas fuerzas marítimas disponian, infundióle una fuerza de resistencia que Wallenstein pudo tanto menos vencer cuanto que no contaba ni siquiera con buques suficientes para cercar la plaza por el lado del mar. La rada de Stralsund quedó por consiguiente siempre libre, de suerte que los valerosos defensores de la ciudad pudieron recibir constantemente refuerzos y comunicarse con el exterior. El sitio no avanzaba á pesar de las nuevas tropas que allí habia llevado Wallenstein, el cual habia manifestado, segun se decia, que queria apoderarse de la ciudad «aun cuando estuviera cerrada con cadenas que llegaran hasta el cielo.» A pesar de esto, transcurrido algun tiempo, se mostró dispuesto á hacer algunas concesiones si la ciudad cedia en su resistencia. Así por ejemplo, renunciaba á la guarnicion imperial contentándose con una guarnicion pommerania, pero en

cambio exigia que Stralsund pidiera perdon por su rebelión, concediera para siempre libre paso á las fuerzas imperiales acantonadas en Rugen, licenciara sus tropas y las suecas, destruyera las obras exteriores recién construidas y pagara la crecida suma de 80.000 thalers. El Consejo de la ciudad disponíase en 14 de julio á concertar la paz tomando como base esas condiciones, pero la poblacion rechazó toda idea de arreglo y resistió todos los ataques sin que ni un momento se debilitara su entusiasmo por sus creencias que veía seriamente amenazadas en caso de una capitulacion. En 20 de julio el rey de Dinamarca al frente de una poderosa escuadra se presentó en Rugen, en vista de lo cual Wallenstein resolvió levantar aquel sitio que habia comenzado acumulando en él todas sus fuerzas, pues temia fundadamente que en caso de proseguirle se exponia á que el enemigo desembarcara en cualquier otro punto de la costa y le amenazara por la espalda. En los primeros dias de agosto los imperiales abandonaron sus trincheras y se retiraron con gran júbilo de los sitiados.

Muy pronto se vió cuán fundado era el temor de Wallenstein de un desembarco del enemigo: en efecto, el rey de Dinamarca salió inmediatamente de Rugen haciendo rumbo hácia Usedom y se apoderó de las fortificaciones de Peenemunde y del castillo de Wolgast. Wallenstein reunió apresuradamente un gran cuerpo de ejército y á marchas forzadas dirigióse al encuentro de los dinamarqueses, á los cuales derrotó tan completamente en Wolgast que Cristian hubo de refugiarse precipitadamente en los buques con el resto de sus tropas.

Vencedores y vencidos mostrábase entonces inclinados á la paz, pues los imperiales no podian pensar en seguir con éxito una guerra contra las islas que poseía el rey de Dinamarca, careciendo como carecian de una escuadra. Además Wallenstein temia que, de continuar la lucha, acabaria por intervenir en ella el rey de Suecia, cuya inteligencia con el de Dinamarca no era tan estrecha como él suponía. Precisamente para separar á esta potencia de aquella y para atraerla á la causa del emperador deseaba Wallenstein la paz tan ardientemente y se mostraba propicio á firmarla en las condiciones menos onerosas posibles para el monarca dinamarqués. De aquí que en las negociaciones del congreso de Lubeck, comenzadas en enero de 1629, renunciara Wallenstein á toda indemnizacion de guerra, así como á la cesion de los territorios de Schleswig, Holstein y aun de Jutlandia que en un principio habia exigido. Lo principal para él era que el rey de Dinamarca se abstuviera de toda intervencion en las cuestiones que en el interior de Alemania se agitaban y se separara definitivamente de Suecia, á cuyos embajadores negó el general la participacion que solicitaron en el congreso de la paz. Poco á poco fueron acortándose las distancias. Cristian IV, á pesar de ser el vencido, formuló algunas condiciones molestas para el emperador, pidiendo, por ejemplo, que los príncipes y los Estados del círculo de la Baja Sajonia pudieran seguir practicando libremente su religion y ejerciendo el derecho de eleccion en sus fundaciones y que se concediera á unos y á otros una amnistía general; pero al fin redujo sus pretensiones á la restitucion de los territorios que le habian sido arrebatados durante la guerra, comprometiéndose en cambio á no intervenir para nada en los asuntos interiores de Alemania, renunciando para sí y para sus hijos á todos los derechos sobre las fundaciones de la Baja Sajonia y reconociendo la dignidad electoral de Maximiliano de Baviera. Despues de algunas vacilaciones, reconocia tambien la destitucion de los duques de Mecklenburgo y el legal traspaso de sus territorios á Wallenstein. Con estas condiciones se firmó la paz de Lubeck en 22 de mayo de 1629.

La guerra con Dinamarca estaba terminada y el emperador tenia ya completa libertad de accion para arreglar los asuntos interiores de Alemania. Faltaba solo ver qué uso haria de ella y si se sentia inclinado á aceptar tambien en este terreno las ideas políticas de su general. Pronto hubo de demostrar que no, porque, en efecto, el plan adoptado encerraba medidas tales que habian de dar á la guerra alemana un carácter marcadamente religioso eclesiástico que en manera alguna armonizaba con las intenciones de Wallenstein. Habíase, pues, sembrado el germen de un nuevo conflicto.

#### EL EDICTO DE RESTITUCION Y LA DESTITUCION DE WALLENSTEIN

Si atentamente se analizan las causas de la enemistad y tirantez cada dia mayores que existian entre Wallenstein y los

príncipes de la Liga, especialmente con el jefe y director de esta, Maximiliano de Baviera, se ve que no estribaban exclusiva ni siquiera principalmente en las violencias y vejaciones cometidas por el ejército de aquel general, de las cuales quejábanse los liguistas en términos conmovedores en todos sus memoriales al emperador, sino que mas bien eran debidas al profundo antagonismo de principios y de fines que entre uno y otros existia. Cualquiera que fuese la influencia que en sus actos ejercian el afan de dominar y la desmedida ambicion personal de Wallenstein, la verdadera causa del odio que á este profesaban los príncipes estaba en el empeño que ponía el general en resucitar la antigua idea imperialista que desde hacia siglos habia quedado dominada por el sistema de principados territoriales. Y como precisamente una tentativa igual habia fracasado en tiempo de Carlos V por el antagonismo de los partidos religiosos, Wallenstein creía que solo podría



Horca de patea. Castigo militar aplicado durante la guerra de Treinta años. Facsimile del grabado de Jacobo Callot (1594-1635) «El sitio de Breda,» 1624.

realizar su propósito prescindiendo por de pronto de aquel antagonismo y procurando al propio tiempo poner por encima del mismo el Imperio, de análoga manera que lo habia hecho en Francia Richelieu; no que quisiera borrar el carácter católico del poder central monárquico, pues tampoco lo habia hecho el cardenal francés, sino que pensaba poder conseguir que se otorgara á los que no profesasen el catolicismo una existencia legalmente asegurada que les permitiese vivir tranquilamente en los dominios imperiales. Logrado esto, el Imperio apareceria como poder supremo enfrente de los príncipes de los dos partidos religiosos. Si Wallenstein al nombrar á sus oficiales superiores atendia únicamente á las condiciones militares y para nada tenia en cuenta las creencias religiosas de los escogidos, hacíalo no por consideraciones militares solamente, sino con el propósito de que teniendo de esta suerte su ejército un carácter mixto de católico y protestante era imposible que sus victorias fuesen estimadas en el sentido exclusivista de una reaccion católica. Comprendia perfectamente que el Imperio solo podia conquistar una influencia decisiva, así en el interior como en el exterior, consiguiendo disponer de las fuerzas de ambos partidos religiosos, porque gracias al antagonismo entre ellos existente habíase debilitado la accion de aquel en la política internacional desde los tiempos de Carlos V. Pero para llevar á la práctica esa idea imperialista que no cesaba de acariciar y cuya realizacion habia de procurarle una posicion dominante al lado y por encima de los príncipes, no solo trabajaba para evitar que la lucha intestina se convirtiera en una verdadera guerra de religion, sino que procuraba ante todo encerrar dentro de los mas estrechos límites las tradicionales prerrogativas de los príncipes territoriales que tanto habian debilitado al poder

central durante el último siglo. Por esto decia que era preciso que en Alemania no hubiera mas que un rey, como en Francia y como en España, y que los príncipes habian de ser, en el fondo, lo que en las otras monarquías eran los Estados.

Pero esta idea política fundamental, que solia presentar bajo las formas mas rudas y violentas, habia de producir naturalmente la mas enérgica resistencia de parte de los príncipes amenazados en sus privilegios y en especial del Colegio de electores, contra el cual iban dirigidos la mayor parte de los intencionados ataques de Wallenstein, uno de cuyos comisarios militares iniciado en sus planes políticos habia dicho que el Imperio no iria bien hasta que «á uno de los electores se le pusiera la cabeza delante de los pies.» Es muy digna de tenerse en cuenta la circunstancia de que la oposicion enérgica á esa tendencia imperialista de la política de Wallenstein no tuviese sus principales representantes en los príncipes protestantes por este vejados y en parte abiertamente combatidos, sino en el mas ilustre campeón del catolicismo y á la vez aliado del emperador, Maximiliano de Baviera. Los príncipes protestantes, incluso el elector de Brandeburgo que tantos motivos de queja tenia contra las violencias de Wallenstein, se abstuvieron de atacar á este ruda y directamente, no por miedo, como alguno ha afirmado, sino porque comprendian que aquel general, en medio de su despotismo militar, no tendia en el terreno político á una opresion violenta del protestantismo. Los protestantes temian, y así públicamente lo manifestaban, que si en vez de Wallenstein se ponía al frente del ejército imperial cualquier otro caudillo, este seguiria cometiendo las mismas violencias que aquel y además adoptaria medidas reaccionarias, como las habia adoptado siempre Tilly. Maximiliano, á pesar de ser